

La SOMBRA
del CENTAURO.

Viaje ultramundano de Luis de Borbón y Farnesio.

EDUARDO BLÁZQUEZ MATEOS



Manuel Aznar, El Centauro Quirón, 2007

PORTADA

A mi abuela Felisa

ÍNDICE.

PRÓLOGO

CAPÍTULO I. LA TUMBA DEL CENTAURO

CAPÍTULO II. EL BOSQUE DE CERES

CAPÍTULO III. EL MONTE DE AQUILES

PRÓLOGO

CAPÍTULO I. LA TUMBA DEL CENTAURO



-Manuel Aznar, Luis de Borbón como centauro

La Sombra del Centauro avanzaba desde la montaña penetrando en los yacimientos celtas, las piedras en círculos anamórficos deslazaban la luz de cada caverna ancestral. Desde la villa de Guisando, se divisaba la bella ciudad de Arenas ordenada por sus torres medievales, edificios que armonizaban con la torre de babel en ruinas. El insolente cielo cambiaba de colores, se impuso el tono rojo armonizando con las frutas de los árboles del jardín pensil de Babilonia. Las granadas de Faetón iban nutriendo el

suelo, desde el cielo se trazaba una coreografía con su carro dorado; sobre el palacio de La Mosquera, arrojó numerosas granadas sobre las ruinas de la mansión de Luis de Borbón, manchando de carmín un recodo de placer vegetal.

Al despertarse de un largo sueño, Luis tenía el cuerpo pesado, húmedo, transformado; convertido en un Centauro, miró un amplio espejo ondulante. Temeroso, con abundante melena, miró por un ventanal del aposento. La sierra de Gredos, completamente nevada, expandía una luz cegadora; ante la confusa situación, el blanco escenario aclaraba con los focos de luz una diminuta cámara secreta; una determinante luz plástica penetró en diagonal en el espacio suspendido por la ensoñación. Caminó para encontrarse dentro del gran mirador, reconoció la balaustrada, se encontraba en su palacio de Arenas.

Sobre el mirador ordenado por la balaustrada, Luis de Borbón descubrió su palacio en ruinas, abandonado, repleto de vegetación. Al instante, la luz desapareció, todo era oscuridad; la espesa niebla invadía los espacios de la mansión abandonada, la austeridad del severo clasicismo se alimentaba de musgo y de hiedras, las telas de araña inundaban cada espacio para construir un laberinto, un entramado mágico; la luz penetraba por las oquedades, mostraba las atmósferas del más allá, las sombras desconocidas, su sombra resultaba extraña.

Al recorrer la mansión, Luis de Borbón encontró restos de un manuscrito extraño, papeles manchados que llegaban desde la ciudad; el viento facilitó la entrada de textos que revelaban noticias actualizadas, incidencias en la villa de Arenas; dentro del caos del palacio abandonado, le costaba respirar y su angustia se iba imponiendo. El documento reflejaba una fecha, el diario, impecable, situaba a Luis ante los acontecimientos del momento, se encontraba en Arenas, en efecto, pero la fecha le alteró: 22 de Abril, 2020. Había viajado al futuro, desconcertado, constató que había despertado en el lugar amado, en la morada de Arenas, junto al jardín de tulipanes azules y rojos. Recorrió todos los aposentos de la planta noble;

bajó las escaleras para encontrarse ante el teatro de la memoria, un espacio bañado por las granadas del Hades.

Ante el zaguán, desde arriba, llegaban destellos plateados, brillos; el espacio se iluminaba desde un óculo oval, ante siete pavos reales que deambulaban, se evocó la imagen del paraíso, le recordaron la imagen de su gran jardín pensil con sus hijos, con sus animales.

Entre ruinas, los pavos reales jugaban sobre las columnas y los capiteles, los fragmentos de mármol eran siempre obstáculos para el visionario; Luis, confundido, descubrió en las aguas del zaguán su cuerpo de animal, desde los peldaños, bajó y encontró un arco plateado por la luz, se incorporó para analizar con sorpresa su cuerpo primitivo.

Mitad hombre, mitad animal, comprendió el resultado de su transformación en centauro; su pasión por los caballos se cristalizó en la mutación, un cambio que iba interpretando con naturalidad, un regalo del mundo ultramundano.

En el interior de la mansión, los jazmines poblaban los aposentos privados de la planta noble. Ante el peinador de su esposa, Luis pudo constatar su húmedo cuerpo de centauro, que contrastaba con su sereno rostro y con su ordenada cabellera ondulante. Se cubrió con flores el cuerpo de animal, la feminización de la piel dionisiaca le llevó al descubrimiento del maquillaje blanco, polvos deteriorados que inundaron los cabellos largos de Luis proyectando una atmósfera opaca, algodonosa.

Escuchó un ruido, mientras limpiaba el espejo del tocador; se incorporó, salió con rapidez. Sus pisadas, su rastro, eran su peor enemigo, agresivo y violento en sus desplazamientos, el centauro procuraba escuchar con detenimiento para moverse con la velocidad necesaria, para sorprender al posible intruso, para adelantarse.

Una gran sombra deforme se proyectaba en la escalera, simulaba un árbol seco, con manos, coronado por espigas descubría un cuerpo femenino. Olía a pólvora y a jazmín, aunque no escuchó disparo alguno descubrió el sonido del cortador de césped, miró por una ventana y encontró a dos damas de vestidos dorados, ambas esculpían el boj ante la atenta mirada de una jirafa, portadora de una manzana roja. La imagen era un espejismo. Luis alcanzó la fruta brillante y la mordió; sonámbulo, estimuló la visión,

pudo ver en la cima de un monte a doce violentas mujeres bañadas de barro, bacantes vestidas de rojo manzana y con tirsos en las manos que, ante un altar pagano, giraban con ímpetu ante la ofrenda. La danza revelaba formas y volúmenes de éxtasis.

Ante la visión se emocionó, recordó su pasión por el ballet, reconoció a las bailarinas rememorando las danzas ancestrales, sus ofrendas florales invadieron el jardín y el palacio. La húmeda música se intensificaba con la fuente principal del jardín. De las aguas del estanque, salía con lentitud un gigante vestido con coraza plateada, Luis reconoció la amenaza al descifrar e interpretar el rostro de las damas; de inmediato, el Cíclope se fijó en Luis y avanzó con lentitud. Luis cabalgó si parar, entre los laberintos del edificio, aterrado, se refugió en las cocinas y buscó sin parar un arma, un utensilio para defenderse; en la chimenea encontró arco y flechas, pero el Cíclope ya le tenía acorralado, le golpeó con fuerza.

Al despertar, encerrado en una jaula dorada, se encontró señales en su olfato, el sexo del centauro recordaba el olor de las setas otoñales del Tiétar.

Luis recordó su aposento en el palacio real de Madrid, repleto de aves que inundaban el techo, iluminando de sueños y de perfume su juventud. Las pinturas murales se impusieron en su imaginario, las luces y los colores venecianos le impactaron para unirse a una peculiar visión del arte, una interpretación estética basada en la unión entre música y pintura, para exaltar a diosa Naturaleza desde el conocimiento de Leonardo da Vinci, para unir ciencia y fantasía.

Dentro de la inmensa jaula gótica, abandonado, dormido, viajó al bosque de castaños para encontrarse con sus hijas que bailaban, emulaban la coreografía de la Bella Durmiente. Bajo una pérgola de rosas, una bella dama cosía con su hija la barca de Ofelia. La Ninfa Felisa y su hija Lucy hilaban con ramas de roble una corona, la inquieta criatura descubrió dos ardillas que bailaban sin cesar, las flores miraban a Lucy y, de inmediato, se desplazaban al delantal de Felisa, el vientre estaba cubierto de pétalos de peonías, el vestido se pintaba con la aguja dorada de la ninfa madre. La Ninfa alargó la mano en silencio, la suave piel algodonosa, tímida, acarició a su amada hija con bondad. Era encantador, el campo brillaba con las dos ninfas que iluminaban el ballet, el acto blanco ultramundano se orquestada

con las coreografías articulada por las ninfas, los movimientos se marcaban tejiendo, las ninfas y las dos niñas revoloteaban bajo las cúpulas de los castaños, las ramas cambiaban sus gestos para simular e imitar a las cuatro bailarinas; los mágicos arroyos sinuosos ondeaban la isla esmeralda, las ardillas y las ciervas blancas bebían el agua de jazmín. Las bailarinas aladas se levantaban para representar la plegaria, la Ninfa Felisa, sentada en un trono gótico, portaba en el ballet un cervatillo tímido. Las lágrimas brotaban para gestar el ejército de Eros, Pisque se desplazó con su cajita dorada para idear la ofrenda a la Ninfa de los Bosques sagrados.

Luis despertó y encontró la caja dorada de Psique bajo su pié derecho. En el interior pudo ver la hondura de un pensamiento escrito con bondad, la letra de la Ninfa de los Bosques le revelaba un secreto que remitía, en parte, a un diminuta flauta que Luis hizo sonar, estaba medio llorando por el recuerdo de sus niñas, quería volver al sueño, aunque el sonido del mágico instrumento llegó a la montaña mágica de Guisando, al Covacho de las Bacantes. De inmediato, llegó un estruendo parecido al trueno.

Una Legión de centauros bajaban desde Guisando; como soldados de la legión tebana, conformaron por sorpresa el ejército de Luis de Borbón. Llegaron al palacio aniquilando malezas para enfrentarse al Cíclope, destruido por cien flechas saturnianas.

.....0.....

La Cabeza del Covacho de las Bacantes respondía con un grito, el monte mítico de Guisando se definía con un rostro de centauro, a la manera de las alegorías de los ríos que, con cornucopias, se estableció como imagen singular en la Antigüedad; el monte se transformaba en gigante, como los Apeninos manieristas, para adoptar nuevamente su imagen de monte. En el interior, los centauros se organizaban en grutas comunicadas por túneles de miel; como en una colmena, las criaturas se organizaban con rigor. En la cima, oculto, estaba un lago mítico.

Las aguas del lago del Covacho, la morada de las sirenas, emitían sonidos y mensajes crípticos, jeroglíficos que los centauros analizaban y completaban en el gabinete de Quirón.

El aire marcaba con su humedad la brutalidad de los animales, los sueños intensificaban sus sombras, sombras que tendían hacia lo eterno, a la cueva inicial inundada de musgo verde decorado con flores blancas, pétalos de ninfas delicadas en sus costumbres. Los brazos y las manos de las costureras incansables, de las tejedoras de caminos desconocidos de luz, permitían cruzar las calles vacías repletas de sombras, con resplandor azul definían el hilo final; al pasar del negro al azul, las aguas se inundaban con rotundas sombras.

Los centauros bebieron el silencio eterno en el antepecho húmedo de Luis. El espejo de la cueva, inundada de luz y de color, permitía a Luis de Borbón mirarse en las aguas de Narciso, espejos abiertos de par en par, inflamados bajo la luna-galleta, atormentaban la espalda del centauro ilustrado. En el cavernoso vacío, el hijo de Isabel de Farnesio, sonámbulo, se dirigía a la gran cima bañada por la arcilla roja y por las granadas de Averno.

Había pánico en la voz de Luis, la coloración de las granadas, contrastada con las nubes recortadas por los perfiles plateados desde la luna-galleta; los movimientos violentos del centauro, explorados por el coro de sirenas, intensificaban el temblor. Desde la cima, sin posibilidad de volar, se observaba a los ciudadanos de Arenas amenazados por un terremoto de espuma y por la lluvia de las granadas, de miles de granadas que embadurnaban los edificios futuristas, la tierra se fertilizaba entre el tumulto y la confusión de emociones; doce doncellas, mirando y reconociendo el acontecimiento, subieron al castillo de Juana de Pimental entre la elevada maleza; al encontrarse con el árbol de las mariposas, vigilado por los pavos reales, ascendieron a los aposentos de la torre del Homenaje. En la cámara secreta, un joyero brillante guardaba el secreto del cíclope, se trataba de un enviado del rey Carlos III.

Luis suspiró al ver el espectáculo, desde la amplia visión, la panorámica revelaba un teatro conformado por coreografías y por movimientos, manchas y sombras; los atajos de la mirada le llevaron ante la imagen velada de una joven con una trenza de dos metros, la cabellera rubia estaba adornaba con espigas, se trataba de su hija Teresa.

CAPÍTULO II. EL BOSQUE DE CERES



-Manuel Aznar, Condesa de Chinchón como Ceres

El bosque de Ceres es un bosque de girasoles en el sueño de Luis de Borbón. Ante el girasol solar, Luis observaba el retrato oval de su hija Teresa, en su vientre está su nieta. Las flores amarillas se organizaban en una avenida orquestada por narcisos nutrientes, miles de narcisos que compiten con girasoles en el horizonte. El polen anaranjado salpicaba las coronas de las hijas de Luis.

Los Girasoles de Apolo se unían a los laureles y a los jacintos, los parajes se ordenaban con boji inteligente, cartesiano. El rostro de Luis, como un girasol, se tornó en flecha, flecha salvaje que penetraba en un caballo alado. Los pasillos interiores del Infante se definían por los ascensos y los descensos, subidas por caminos y por escaleras, bajadas por las aguas de la

sierra de Gredos, por el río Pelayo, subidas por los túneles de las grutas, ascensos por las escaleras de caracol del palacio de Arenas.

Entre las piedras rodadas, erosionadas por la luz, se presentó un ciervo para contar a Luis un acontecimiento nuevo, un inminente suceso. La sombra bajo las aguas, ya anunciaba la llegada de la amenaza; una sirena malva expandía los líquidos oscuros para manchar las aguas y anular el brillo de la flora y la fauna. Las fuentes y los manantiales se oscurecían a gran velocidad.

La mente de la malévola sirena, única aliada de Carlos III, marcó la intriga del monarca convertido en Autómata, con inteligencia supo crear otros autómatas estudiando a Leonardo y analizando los jardines del Renacimiento italiano. Con los tratados de Salomón de Caus, logró crear dos autómatas, una sirena y un cíclope.

Las nobles sirenas acusaron la presencia del robot femenino, no tenía alma, su sombra, sin sustancia, era de azufre. El coro de sirenas invocó a Neptuno, llegaron del mar celeste las conchas y el coral para inundar de agua y de luz las insondables montañas; Luis sentía el dolor y el bienestar del monte mítico, la cura de coral y de los caracol celestes, convertidos en bálsamo, llegó a las fuentes, el azul acerado e incoloro de Neptuno ahuecó las aguas de ceniza, purificó los arroyos y los ríos del fértil valle.

Ante el ciclo de la vida, las flores solares se unían a la pureza de la luz de las Ninfas.

La danza de las sombras, entre las deformaciones negras, encumbraban a un bailarín altivo; la máscara del rostro, no impedía reconocer a Carlos, el hermano de Luis marcaba pasos que dibujaban un símbolo en el suelo, un mensaje oscuro, inicio de una aventura turbulenta de jeroglíficos. Al saltar y caer con rectitud, inició la trama para enterrar a su hermano Luis.

Carlos contemplaba a su sobrina María Teresa de Borbón y Vallabriga, vestida de Ceres por Goya, sorprendía por su serenidad y pudor, dama bella e inteligente, mujer identificada con la flor solar. La dama-flor inundó con néctar las aguas de las lagunas y de los manantiales, con líquidos del Edén anulaba el veneno de sombras; desde los jardines del palacio, llegó Céfiro para expandir sustancias renovadoras completando la labor de Neptuno.

Un jardín estaba inundado por girasoles que, como manchas solares organizadas, colaboraron en la defensa de las ensoñaciones de Luis. Bajo la fantasía de un sueño, Luis viajó al pasado. El palacio, suspendido sobre un monte, llevaba, entre olores y recuerdos, a un lugar de luz de miel. El jardín se definía por campos de piedra, esculturas de divinidades femeninas, espigas de Ceres y jacintos rojos manchaban las tierras de las montañas verdes. La desdicha de Luis encontraba consuelo en la belleza de su linaje, pero no lograba comprender la cruzada de Carlos.

Luis, adornado de flores, pensaba en los mitos al entrar en la Cámara de las maravillas que, presidida por un altar con una esfera solar, le llevó ante la alegoría de La Primavera. La conversación resultó provechosa, la dama inquietaba al mostrar el porvenir de Luis, las sospechas se confirmaban, su hermano Carlos quería velarle, para aniquilar la leyenda “del amante de la Naturaleza”. Carlos III logró que su hijo fuera rey, desterró a su hermano, pero nunca se recuperó de la pasión de los animales por su hermano. Logró que no se conocieran las peregrinaciones a la tumba de Luis, miles de animales iban en manada al monasterio de san Pedro de Alcántara y al Palacio de Arenas, peregrinaban al santuario de Luis, abundaban las aves del paraíso en las ofrendas ante el lecho.

Carlos pudo ver a animales conocidos, la mayoría eran desconocidos, fabulosos. Las sirenas viajaban por los ríos con los hipocampos, las cebras avanzaban en manadas, los unicornios blancos iluminaban el jardín del palacio. Los seres fabulosos desconcertaban a Carlos.

En realidad, Luis se desposó con la Naturaleza. La Madre Naturaleza, una gran dama repleta de ramas verdes por todo el cuerpo, le besó en el palacio de Arenas junto a la fuente de Apolo, un beso casto que pudo ver su hija mayor. Las sombras verdes marcaban las praderas rojas de las ardillas azuladas. La avenida de cipreses, permitían cabalgar a la Dama Verde con fuerza, al huir como Dafne, Luis supo que sería su amor eterno.

El sueño de los laureles dormidos junto a las peonías rosas, descubría al caballero iluminado por los árboles, los naranjos y los limoneros clamaron a la Naturaleza, la lluvia de azahar penetró en el rostro de Luis y en los ojos de su hijita, perplejos, miraban las estrellas que construían un centauro desnudo con una niña que portaba un arco, la flecha brillante sorprendió a una nube recamada de perlas, ilustrada de lagrimas de néctar anaranjado.

La Naturaleza, vestida de esmeralda, mostró las oquedades del firmamento pintado por Eros. El Efebo danzante, volaba bajo las directrices de los dibujos de Luis, que creó un baile para su Spaniel, su amado canino que bautizó con el nombre de Faetón. La notación coreológica, gracias a su destreza para el dibujo, le permitió expandir y superar su claustrofobia.

La casaca esmeralda le permitía adoptar una pose adecuada para crear. La puesta en escena para su ballet dedicado a Tetis, la madre de Aquiles, suponía elogiar a su madre. El suelo lo bañó con azufre, lo impregnó de pigmentos azules manchados por gotas de jazmín y por plumas de aves, de tángaras azules. En los laterales, numerosas esponjas y conchas de mar, caballitos de mar y un coral, definían el paraje de Neptuno para el Ballet; en el monte de la escenografía inicial se presentaba un pizón de montaña, que avanzaba en el eje axial de la pieza de baile.

El templo de Tetis, como mansión de Isabel, lo recreó en todo su esplendor, para contrastarlo con las sombras de Prometeo, para iluminar la penumbra del Centauro Quirón. La luz ondulante, en consonancia con los movimientos de los bailarines, rimaba con el rumor de la primavera.

.....0.....

Bajo la faltriquera de la Ninfa Felisa, las flores blancas de la bondad se convertían en nubes perfiladas por la luz blanda del crepúsculo de Eros, se agitaban los pétalos por el clamor del viento tejido por la Ninfa; desde la isla de los jazmines, las piedras sombrías y oscuras se iluminaban con los flecos de los bordados de Lucy, el tributo, con el mantón de peonías rosas, llevaban a las mariposas ante la gruta del nogal, la oquedad del árbol se comunicaba con el jardín pensil de Guisando.

Los campos encantados, la magia de los mitos, definían las leyendas de los paisajes de Arenas y de Guisando. Las aguas claras, ya inmaculadas y sanas, llegaban al blanco pantano. El resplandor de cada estrella, le permitía a Luis pensar en los pintores admirados, dormido, mientras paseaba bajo las catedrales de una ciudad gótica, se adentró en el estudio de dos pintores, dos creadores unidos a su palacio. Francisco de Goya y Manuel Aznar conversaban, hablaban con entusiasmo elevando el pincel,

manchados de pigmentos azules, preparaban las escenografías para el Ballet de Tetis. La puesta en escena, explicada con detalle por Luis, indicándoles que él interpretaría a Aquiles y a Quirón. Isabel de Farnesio se vestiría de Tetis, todos conocían su destreza y facilidad para bailar y diseñar coreografías, en gran medida Farinelli fue el responsable. Isabel insistía en ser la protagonista del acto blanco, con coreografía militar y marcadamente romántica.

Rememorar las Fiestas en Aranjuez y La Granja, estimularon a Luis; necesitaba energía para contener a su hermano y, al tiempo, buscar la salida para encerrarle en la colmena diseñada por Goya, un espacio esférico de miel y cera, un globo para un destierro infinito que se articulaba en los pensamientos de Luis que, desde niño, tenía pasión por el ajedrez, por los juegos de azar también, lo que permitió crear un plan para introducir a su hermano en la gran crisálida creada por Goya que, llevada a gran escala por Manuel Aznar, remitía al cenotafio de Newton.

.....0.....

En su aposento del palacio, buscó las crueles cartas de Carlos. Encontró las epístolas de la familia, se emocionó con las notas de María, adoraba a su hermana María Antonia, la menor, casada con el rey de Cerdeña. Luis acudía al cuarto de su hermana para enseñarla ajedrez, cabalgaba al lado de la carroza de su hermana siempre, para evitar que le asustaran las tormentas, para divertirse, por complicidad. Ambos, Luis y María, se convertían en actores cada día, disfrazados se travestían, se vistieron de monjas. En una ocasión, Luis interpretó para su hermana un personaje desgarbado, con joroba, se basó en el relato del mentor del jardín de Bomarzo, un Orsini. El libro y las caracterizaciones, las intenciones y los conflictos, fueron obra de Esther y Begoña, humanistas del Parnaso hispano.

En una carta de María encontró una clave para encerrar a Carlos, unió la pista de su hermanita con los acontecimientos de Bomarzo, con las desapariciones en las grutas del jardín de Pier Francesco Orsini. La solución final pasaba por Esther, por su libro sobre los gabinetes esotéricos

de la corte de Praga de Rodolfo II, cada capítulo se enriquecía con un grabado de Archimboldo.

.....0.....

Al despertar, vio un relieve de Dumandré. El rostro de Luis de Borbón y Farnesio llevaba el Toisón de Oro, la flor de Lis y la piel de león, que le convertía en el poderoso Hércules. Ante su imagen, derivado en mito virtuoso y guerrero, pero con su corazón tierno, Luis levantó la piel de león, giró como un bailarín, avanzó ante el crepúsculo para caminar por el jardín, para viajar por los senderos espaciosos de las Hespérides; bautizado con las aguas de las manzanas doradas, pudo ya pasear entre las fuentes de las heroínas de Ovidio; ante la emanación de las aguas, miró el árbol seco y en sombra, recortado y danzante, con movimientos inesperados e inciertos, acordes con el viento, pudo tocar las nubes como en las fábulas de su infancia.

Despierto, con ensoñaciones, dentro de la gigantesca cocina del palacio, acariciaba a sus perritos para fortalecerse; desde niño, siempre le acompañaba un canino; el pequeño Ludovico admiraba la lealtad de sus pequeños compañeros. Su madre le llamaba Ludovico. verle junto a sus bellos animales producía candor.

.....0.....

Ante los grabados y los manuscritos, como un prisionero en la escalera de caracol de la biblioteca, Luis reconocía los textos de Vitruvio y Palladio; en el aire, los tratados orquestaban una pieza alegre de Boccherini, el Ballet de Céfalo, la danza del destierro que, sobre un remolino blanco de pétalos, se articulaba un dibujo preciso de círculos con una escenografía veneciana; el texto de Palladio, con sus triunfales espacios, mostraba los escenarios que revelaban la suma de arcos bañados por los pigmentos del Edén; las sombras del mármol, impregnado del musgo, definían la oscuridad de Piranesi. La plástica del abandono nutría el libreto que creaba Luis, le

faltaban las nubes que, como es natural, emulaban azulados nublados sobre los montes y la sierra de Guisando, espejos celestes pintados por Manuel Aznar y por Ricardo Montesinos para unir Italia con Alemania; la topografía de Tiépolo, como veduta horizontal, permitía tumbar a las bailarinas de Apolo, sobre la cima del covacho se representaba el ballet de dios solar.

El incienso penetraba con su olor y textura en los aposentos, la luz del dios Apolo alumbraba las láminas de los palacios de Caserta y de Caprarola, de los jardines ordenados que contrastaban con el caos del Covacho, monte transformado en Torre de Babel; una nube horizontal de gran peso, gigantesca, como el cuadro de Pieter Brueghel el Viejo, lienzo amado por Luis, se convirtió en cúpula de la cima del monte insigne.

Desde el jardín del palacio, Luis, emulando a Polifilo, llegó a la gruta solar, una pintura de Apolo y Pitón decoraba el interior de la cueva. Mercurio y el Dragón aparecían representados en los mosaicos del suelo, en un pozo se encontraban las sustancias doradas, pigmentos que colocará Luis en el rostro de Carlos.

Desde el jardín, el bosque del más allá llevaba a la tumba de cristal, el ambiente gris arrojaba sombras sobre la puerta del paraíso. El muro vertical, elevado, se coronaba con un arco apuntado; se podían ver las contundentes sombras de los centauros, la mancha negra, sobre la rotunda luz, fluía arrastrándose en la búsqueda de la nieve primaveral.

En la solemne puerta rústica, los centauros portaban flores, frente a la violencia, se revelaban, desde la ambigüedad. El polvo y el polen, el néctar blanco de las nubes, provocaban el entusiasmo de los rebaños de Guisando. El palacio de La Mosquera, morada de placer, bañada de semillas, mostraba sus ruinas triunfantes. Un torrente de nieve inundó montes y valles; prisioneros por el hielo, inmóviles, el ejército de centauros parecían esculturas de un museo, yacían en la cima definiendo montículos singulares que, alimentados por pensamientos de disolución y color, marcaban afiladas sombras ascendentes.

CAPÍTULO III. EL MONTE DE AQUILES



-Manuel Aznar, Luis de Borbón como Centauro

Sobre el monte de Guisando, en el cerrito alto, Apolo convirtió a Luis en Aquiles, se recordó, ante la rápida transformación, la fiesta organizada en Roma para celebrar su nacimiento. Isabel de Farnesio, identificada con Tetis, entregaba su hijo Luis al centauro Quirón. En ese instante, se trazó el interés de Isabel de Farnesio por ver en el trono a su hijo Luis, su espejo. Una mancha añil se extendía sobre el espacio blanco.

Influenciado por su madre, por sus vivencias en el palacio de La Granja, Luis reconstruyó una estética singular, una visión compleja de las artes. El jardín lo interpretó como museo y teatro, como un libro para escribir. Los árboles perfumados saturaban los pensamientos de Luis, determinado por las esculturas paganas de la colección de su madre.

El orden de las luces señalaba un camino, abrir la puerta de la soledad le llevó a los torrentes invisibles del jardín. Las ruedas de los molinos agitaban las sensaciones, las aguas tortuosas luchaban con la sombra de los árboles, las copas se coronaban con insectos, las avispas marcaban el lugar para ubicar las lámparas de aceite. La luz y la sombra, la intermitencia, sembraba la locura de las mariposas.

Las flores frescas por el rocío tardío, atraían a las mariposas esmeraldas, portadoras del sendero que llevó a Luis ante la cripta efímera de Carlos. Pisó diez campanillas amarillas y, atrapado por una sombra, desplazó la puerta para entrar en la cripta, santuario organizado por columnas dóricas; bajo el altar, Carlos dormía emulando a los caballeros de la antigüedad. De inmediato, Luis cubrió el rostro de su hermano con los pigmentos del sueño eterno.

.....0.....

María Teresa de Vallabriga y Rozas, esposa de Luis, admiraba la noche como una cirujana de la costura, evocaba los telares de las arañas para aportar nuevas sombras. Entre sus conversaciones nocturnas, con Tánatos de protagonista, destacaba el mito de la caverna de Platón para llegar al sueño de la razón de Goya. Los monstruos, los murciélagos y los búhos iban conformando un lugar esencial en los espacios de Luis. Caracolear en el Gabinete, en la cámara de maravillas, con los pintores de pájaros, con piezas siniestras, potenciaba la poderosa mente de Luis.

La carrera por el cielo, entre el carro solar de Apolo y el centauro Quirón, se marcaba con las estrellas que simulaban jacintos rojos del más allá. Una rueda se fragmentó al escuchar la música de los astros, la caída de las astillas destruyó el palacio de Arenas en su totalidad, el jardín de metal se

alimento de la neblina de humo, la flores de ceniza invadían los caminos y las veredas. Sobre un sendero, conchas marinas anunciaban un cambio.

.....0.....

El Diluvio llegó, las aguas y el viento troncharon árboles centenarios, los sonidos rompían las notas de las ramas, las rojas frutas se desprendían de los árboles para alimentar la extraña tempestad, fuerzas destructoras que atormentaban el alma de los árboles, palidecidos, se maquillaban para el atroz momento. La tierra de los aposentos se movía sin cesar, alimentada la arcilla y el barro espumoso por los frutos, fracturaban las cajas de de las mariposas y de los insectos alados. Los caballitos de mar nutrían los huertos y los verdes campos, miles de conchas caían del cielo con mensajes de la diosa del amor.

Luis vivió los acontecimientos con serenidad, sus pies de ceniza, que se bañaban de azul añil para emparentarse con el cielo, con las nubes que simulaban antorchas, miraba las manchas rojas del vientre que, inundadas por hormigas, se mezclaban con los paños verdes.

Las tinieblas se impusieron. Los pavor reales, rodeados de sombras, esperaban la llamada de Aquiles y Tetis, el héroe y su madre, atemorizados, se decidieron de una vez. Al refugiarse en las criptas bajo las ruinas, en el espacioso reducto de los gusanos, quedaron inundados por las sedas y los tejidos de la Ninfa Felisa. Allí, la luz de la felicidad, sin sombra, luz de verdad y blancura tierna, definía la bondad suprema revelada en la Ninfa tejedora.

.....0.....

Al amanecer, el tejido iluminado por el rayo primigenio, ornaba los ojos y las mejillas de Luis e Isabel; el infante pudo ver a Quirón, el bello animal, salvaje y romántico, sabio y leal; las sedas contrastaban con la áspera piel, como la corteza de un roble del jardín de Aquiles.

Sonaban las trompetas, la alegoría de la Fama se imponía sobre las ruedas rotas. La lluvia, que inundó el paisaje de ceniza, recordaba el cuerpo del centauro, transformado, en plena metamorfosis, se convirtió, ante el altar de san Sebastián, en Aquiles. Isabel de Farnesio, vestida de Tetis, se unía al centauro Quirón, miraban a Luis vestido de Aquiles. Isabel entregaba su hijo al sabio Quirón; su amado hijo, con asombro, extendía sus manos para acariciar con ternura al bello centauro, la barba de caracoles se reflejaba en la coraza del nuevo Aquiles. Luis se incorporó y cabalgó sobre las rocas del monte, cada minuto miraba el rostro de su madre, Isabel se emocionó ante la destreza y la inteligencia de su hijo, su igual; al tiempo, un ballet ecuestre se organizaba bajo el monte artificial. En la plaza teatralizada, con solemnes escaleras, los bailarines y sus caballos organizaban formas cóncavas y convexas, en el eje axial se presentó un monte, un volcán que iluminaba a Atlas. La esfera se elevó con un radiante despertar de fuegos artificiales, las estrellas dañaron las nubes compactas, nubes manchadas de carmín que, sobre la villa de Guisando, reducto y refugio, generaban un perfume de luz de seda.

Las hijas de Luis, María Luisa y María Teresa de Borbón y Vallabriga, visualizaban en perspectiva ascendente el gran teatro del mundo. Rodeadas de ciervos, admiraban la llegada de una multitud de animales, fieles amigos de su padre. Las cebras iban cubiertas de caracoles, parando ante las encinas, frente a los caninos, ilustres retratos de los perros amados por Luis.

Aquiles, floreado, se vistió de La Primavera. Frente a las pinturas de las escenografía, apareció Apolo con un traje de margaritas y amapolas que afirmaban el rito de Flora; Céfito entró por el óculo, el aire suave movía los pétalos de cada pensamiento, el sombrero, como chimenea y corona, descifraba el olor de las nubes, la movilidad de la cúpula soleada, placentera y rotunda, giraba entre espirales rápidas, entre serpenteantes coreografías. La saturada atmósfera alimentaba a las abejas.

La humedad penetraba en el cuerpo de Luis, las aguas invisibles y tangenciales, en diagonal, penetraban en las paredes de la nueva morada; las pinturas murales de la cripta del palacio, heridas, se desconchaban, como escamas de polvo y ceniza caían. Los suelos palaciegos pesaban, las pardas manchas soleadas, que llegaban al exterior desde el interior, se unían a la atmósfera natural. Luis superó la claustrofobia, aunque temblaba

los primeros segundos, las criptas y las grutas subterráneas eran ya sus aliadas, ahuecarse dentro de una cueva le llevaba a su madre. Las velas y la cera, las flores y el azafrán, le acompañaban en las catacumbas ultramundanas. En cada gruta de caracol, el blancor de la luna le iluminaba para ascender, cabalgaba desde la quietud, desde la posición fetal, su imaginación era poderosa, estaba iluminada por una mente privilegiada.

La humedad del alma de Luis se expandió a la Madre Naturaleza, la humedad fecundaba los parajes del centauro Aquiles. Las húmedas sombras suspiraban sobre las corrientes de agua, el olor de lavanda penetraba en el aposento, una brisa agresiva rompió una gigantesca escultura de san Sebastián.

Los muros estaban calados, las paredes empapadas se nutrían con la hiedra salvaje, la Naturaleza humedecía cada rincón, del palacio destruido, sólo se mantenía intacta la desconocida cripta de san Sebastián. Ante el altar, Luis se detuvo con un libro de Ovidio. El manuscrito de las metamorfosis, descubrió el relato de sus antepasados. Salió con ímpetu para arrojar sobre las amapolas del jardín, de su cuerpo salían pétalos y ramas, sobre sus piernas se prolongaban raíces negras que penetraban en la tierra del jardín, tumbada, comprendió que se encontraba sobre la tumba de su madre, en un instante, se levantaron paredes de boj que configuraron un laberinto. Abrazó la tierra y las flores, beso cada pétalo. Llegaban los colores del jardín al crepúsculo.

Luis buscó la cálida luz de la Ninfa para bañarse en la seda del paraíso. Una azulada ave, con sus manchas verdes, se posaba sobre las conchas marinas. La tångara azulada, perfumada de jazmín, tembló sobre el rocío de lágrimas.

La sombra de Aquiles quedaba inmortalizada, las manchas invadían la montaña. Luis de Borbón y Farnesio, ante el espejo de sombras, descubriría en su rostro al bello guerrero, suplantó sus rasgos y, ante la llegada de la noche, descubrió el color rojo de sus dedos, las manos le anunciaban la llegada de cambios, la última transformación, una metamorfosis final.

Ante el espejo, Luis encontró un cuerpo solar; convertido en Apolo, buscó el carro dorado para bañar de luz las ruinas, las sombras serán desterradas de los parajes, los pavos reales serán blancos, eternamente blancos.

Imágenes

1-Sebatiano Conca, *La Educación de Aquiles*, 1727. Museo Nacional del Prado.

Boceto de la Escenografía levantada en Plaza de España de Roma para celebrar el Nacimiento de Luis Antonio Jaime, 25 de julio de 1727. Tetis entrega a su hijo Aquiles al Centauro Quirón.



2-Sebastiano Conca, *La Educación de Aquiles*, 1727. Aguafuerte de Filippo Vasconi. Maquina efímera con la alegoría del Infante de España Luis de Borbón y Farnesio. Alegoría de España. Protagonistas: Tetis, Quirón y Aquiles, con sirenas, centauros y la personificación de la Gloria. British Museum. Departamento de Dibujo.



3- Giacomo Torelli, Ballet de Tetis



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France